

Estudios en honor de
Yolando Pino Saavedra
AUCH, 5ª serie. Nº 17 (1989): 103-114

RELECTURA DE UN OLVIDADO VITALISTA FINISECULAR

RAÚL H. CASTAGNINO*

Cuando quien sobrelleva como adherencia congénita el “vicio impune” de la lectura descubre un autor o un libro de características inusuales, experimenta natural reacción entusiasta y tiende a comunicar el hallazgo. Pero cuando redescubre una relegada obra de auténtica vitalidad, que lleva la firma de un viejo y prolífico autor, vapuleado e incomprendido en su tiempo, olvidado y hasta ignorado por la posteridad por razones ajenas a sus méritos intrínsecos, al natural impulso comunicativo le acopla cierto afán reivindicatorio. Propósito revisionista, para el que no le basta primaria reacción personal, sino que ha de acompañarla con pruebas pertinentes.

Algo de esto me ha ocurrido cuando el azar de una recorrida por polvorientos anaqueles largo tiempo abandonados, trajo nuevamente a mis manos algunos archivados textos de Pompeyo Gener y, entre otros, el incisivo ensayo que tituló *Literaturas malsanas*, donde el antiguo colaborador de *La Revista Contemporánea* de Madrid, de *La Nación* de Buenos Aires y de *Le Livre* de París —llevado por sus inclinaciones científicas—, apuntó ciertas características de la literatura española del último cuarto del siglo pasado, como síntomas de un estado de postración y enfermedad.

El polígrafo catalán Pompeyo Gener (1848-1919), combatido por unos,

*Director de la Academia Argentina de Letras. Profesor de la Universidad de Buenos Aires.

admirado por otros, transcurrió los setenta y un años de su prolífero existir en continua actividad intelectual renovadora y en ineludibles y bien intencionadas actitudes críticas hacia coetáneos compatriotas escritores, historiadores y críticos, a los que veía rezagados en relación con la marcha progresista de la cultura europea contemporánea.

Inquieto heterodoxo y hombre de mundo, Pompeyo Gener trabajó en Francia, Suiza, Holanda y Alemania. Se doctoró en Farmacia en la Universidad de Madrid y en Medicina en la de París. Conoció momentos singulares de la vida europea, convivió hondos cambios sociales. Estuvo atento a las novedades de la ciencia y las consignó en múltiples páginas escritas con igual aplomo en catalán, castellano, francés y alemán. Tuvo tratos amistosos con ilustres personalidades: Renan, Victor Hugo, Hipólito Taine, Sarah Bernhardt, entre otros, le recibieron en su intimidad, según lo refiere en su libro *Amigos y maestros*. Aunque no le faltaron detractores de la talla de "Clarín" o de Marcelino Menéndez y Pelayo. El autor de *La Regenta* maltrató, precisamente, *Literaturas malsanas*, y sus diatribas obligaron a Gener a replicarle con el ensayo *El caso "Clarín"*. Pero don Marcelino, pese a los reparos que puso a las ideas de Gener, no pudo menos que reconocer que poseía un estilo vital. Tanto es así, que en la *Historia de los heterodoxos españoles*, al referirse a *La Muerte y el Diablo* (1880), debió admitir: "Escrito con erudición atropellada, poco segura y las más veces no directa, con cierta brillantez de estilo y pretensiones coloristas a lo Michelet, contiene, no obstante, caudal de información (digámoslo a la inglesa) que francamente no creo capaz a ninguno otro de los innovadores filosóficos, positivistas o neopositivistas, que andan por España" (Tomó VI, pág. 478, Santander, Aldus S.A., 1948).

Dueño de una prosa cálida y penetrante, de natural espíritu polémico, ninguno de los géneros literarios o didácticos le fue ajeno. Con igual solvencia abordó temas de antropología, sociología y psicología; de filosofía, teología e historia; de crítica y teoría literaria; de folclore, etnografía y teatro. Ensayos como *Los hijos de Irán* (1877), *El siglo XIV* (1879), *La Muerte y el Diablo* (1880), *Literaturas malsanas* (1894), *Inducciones* (1894), *Herejías* (1894); piezas teatrales como *Agencia de informes comerciales* (1898), *El patrón Pere March* (1899), *Senyors de paper* (1904), *Doctor Stumper* (1904), *Mister Schoffys* (1905), *Monólogos humorísticos extravagantes* (1906); literatura de imaginación, como *Ana María* (1902), novela histórica, y *Dones de Cor* (1903); estudios sobre ilustres personalidades, como *Amigos y maestros* (1894) y *Miguel Servet* (1904); trabajos históricos como *El intelecto griego antiguo* (1904) o *Historia de la literatura* (1905) son sólo una parte de su abundante producción. Reveses de fortuna le impelieron a esperar ayuda económica sólo de su pluma, hasta que el Ayuntamiento de Barcelona,

atento a sus conocimientos de paleografía, en 1906 lo designó paleógrafo oficial.

Extravertido y temperamental, su cotidiano vivir se colmó de anécdotas de toda índole, que le dieron extendida popularidad. Al año de su muerte, algunos amigos las coleccionaron en el volumen *Cosas d'En Peius* (1920), como modo de sobrevivencia de aspectos pintorescos de su polifacética personalidad. Por otra parte, las sumarias referencias bibliográficas anteriores apenas si dan idea de la diversidad de facetas abarcadas por su índole generalizadora y la permeabilidad de su mente, aunque sí alcanza a reflejar lo heterogéneo de sus escrituras y el hecho de que lo múltiple de los campos abarcados haya ido en desmedro de la intensidad y concentración de sus saberes.

En el Buenos Aires finisecular y hasta vísperas de la primera guerra mundial, la firma de Pompeyo Gener gozó de bien ganado prestigio y de extendida fama, que el tiempo desvaneció. Muchos intelectuales rioplatenses de la época se carteaban con él. Los viajeros trataban de entrevistar-lo. Uno de éstos, radicado en Europa hacia 1900, recibió de *La Rassegna Internazionale* de Florencia el encargo de entrevistar a los principales escritores españoles del momento y "escribir una obra que reflejara el estado actual de la literatura hispana". Era José León Pagano, agudo crítico y dramaturgo, filósofo e infatigable periodista, quien cumplió puntualmente la comisión. Entre los visitados figuró Pompeyo Gener, y los apuntes acumulados en esta particular entrevista —tanto las notas de rutina para atender el encargo de *La Rassegna...* como las ulteriores generadas en la auténtica amistad florecida entre ambos escritores— constituyen el material básico de un bien estructurado libro que con el título *Pompeyo Gener. Estudio crítico-biográfico* editó en Buenos Aires la Librería Bredahl en 1901 e imprimió la casa E. Siveri de Florencia.

El estudio de Pagano sobre Gener fue otro hallazgo imprevisto. El autor de *El arte de los argentinos* —sea en la crítica, sea como historiador o filósofo— se manejó con criterios que acertadamente denominó "científico-literarios" y que han dado valor y credibilidad a sus escritos. De ahí que si bien sobre la obra de Gener han escrito positivamente figuras de la talla de Renan, Littré, Wirouboff, De Gubernatis, Richepin y otros, el libro que le dedicó José León Pagano fue serio aporte por su rigor metodológico y cuidada información, que aún constituye responsable fuente de consulta.

Por la lectura exhaustiva de sus escritos, por el trato directo y epistolar, por la coincidencia en tertulias barcelonesas, Pagano captó a fondo la idiosincrasia de Pompeyo Gener, que, en síntesis, perfilan propias pala-

bras del catalán, sentadas en una carta amistosa al argentino: "No puedo sufrir ni barreras, ni trabas, ni dogmas, ni modelos, ni rutinas, nada fijo, nada inmóvil. Siempre más y mejor: este es mi lema. Mi divisa, que es la de mis abuelos, es altiva: *In luce lucere*" (José L. Pagano: *op. cit.*, *ed. cit.*, pág. 47).

Según quedó anunciado al comienzo, en esta oportunidad me propongo repasar sólo uno de sus libros. Aquel que al tiempo de su aparición le granjeó no pocas antipatías y enemistades y que si bien hoy se halla totalmente olvidado, contiene sagaces observaciones sobre modalidades literarias hispanas, críticas dignas de ser exhumadas y anticipos de enfoques sobre vanguardismo, luego mineralizados como lugares comunes de la historia literaria contemporánea.

Me refiero, como se colegirá, al ensayo titulado *Literaturas malsanas*, cuya edición castellana se publicó en Madrid, en 1894, por Fernando Fe. Un primer y superficial examen del mismo advierte que contiene una mezcla de apreciaciones sobre elocución, crítica y teoría literarias y consideraciones médico-literarias que no han perdido interés. Otros contenidos, especialmente aquellos que significan opiniones sobre planteos de lo que a fines del siglo XIX eran atisbos de cambios literarios o de nuevos gustos, han perdido fuerza; aunque no el valor documental de reflejar la opinión de un sector de la intelectualidad europea frente a nuevos rumbos de la inteligencia y del arte.

El fondo y la intención de *Literaturas malsanas* están sintetizados en el subtítulo de la obra: "Estudios de patología literaria contemporánea". El cuerpo textual propiamente dicho se distribuye en un prólogo enunciativo de las líneas generales de temas desarrollados y dos grandes secciones que agrupan anomalías relacionadas con los modos expositivos de lo literario, según la procedencia de los autores en quienes aparecen los síntomas descriptos. Dichas anomalías, en un primer grupo, quedan rotuladas como "enfermedades indígenas"; mientras que, en un segundo apartado general, se incluyen las caracterizadas como "enfermedades exóticas".

La sintomatología de las "enfermedades indígenas" se expone en cuatro capítulos generales que, sucesivamente, tratan el gramaticalismo, retoricismo, criticonismo y criconismo. Para Gener, estas "malsanidades" indígenas descubren patologías esencialmente hispanas. En cambio, los síntomas que diagnostica como procedentes desde fuera de España y que en la Península amenazan adquirir carácter epidémico, los describe como "enfermedades exóticas". Las consideraciones sobre este segundo grupo incluyen cinco "Estudios": el "medanismo", desarrollado en seis

capítulos; la “decadencia de fin de siglo en París”, analizado en cuatro; el “pesimismo germánico” expuesto en tres; el “nihilismo ruso”, abordado en tres; el “noticierismo”, agotado en uno solo. Creo de algún interés repasar sucintamente ciertas ideas apuntadas por el polígrafo catalán y la raíz positivista de las mismas.

El arranque de la exposición de Pompeyo Gener se apuntala en criterios médicos y científicas, en principios evolucionistas y en la realidad de los cambios inevitables que experimenta todo lo viviente. He aquí algunas de las historias clínicas —así las conceptúa— hilvanadas en los sucesivos estudios.

Gramaticalismo: Deficiencia en la relación pensamiento y formulación expresiva. Gener lo caracteriza como hiperformulismo inhibitorio, especie de exceso formalista que deriva en anemia expresiva. Se origina en un “creer que se escribe bien en cuanto se sabe formular correctamente con arreglo a la gramática castellana, escribiendo la lengua por la lengua” (*op. cit., ed. cit.,* pág. 7). Vale decir que ésta, en lugar de operar naturalmente como simple medio, se convierte en fin, al dar prevalencia a formulismos y formalismos, a los que reputa con dureza como “el grado más acentuado de miopía cerebral” (pág. 12).

Retoricismo: Excrecencia y superficialidad que se descubre en el estilo y produce cambios en su textura y tersura externas. Lo repudia como errónea creencia “de que todo consiste en el lenguaje, en la palabra, en la fórmula, y que el estilo se produce por medio de reglas, hijas del estudio del de los otros...” (pág. 7). Con fervor postula la libertad creadora del escritor, al insistir en que jamás la retórica ha enseñado a bien hablar a nadie, así como tampoco la poética ha servido para producir versos geniales. Observación que deja asentada en el siguiente axioma que es puro sentido común: “Ni la retórica es la elocuencia ni la poética es la poesía, pues jamás las reglas de un arte fueron el Arte” (pág. 20).

Criticismo: Con este extraño neologismo —sin alcanzar a proponer un “ismo” más—, Gener engloba ciertas enfermedades de la crítica, en particular las que estima originadas en dogmatismos apriorísticos o en arbitrariedades derivadas de la imposición de una entidad enjuiciadora que, discutiblemente, denomina *criterio, buen sentido o gusto*.

Las observaciones generales de Gener sobre la crítica y algunos de sus procedimientos todavía son atendibles, y si bien desde 1894 ha corrido mucha agua por el cauce en que fluyen las variadas actividades ensayadas por dicha disciplina, algunas marcaron en su momento una intención esclarecedora y una adhesión a un borroso científicismo que, fuera de España, había logrado alguna resonancia.

Croniconismo: Otro neologismo que tampoco prosperó como para alcanzar a rotular un nuevo “ismo”, aunque sus fundamentos reflejarán una realidad, esta vez relativa a la forma literaria que adquiere la consignación escrita de hechos históricos. Para Gener, el primer síntoma de esta “enfermedad indígena” deriva de la creencia defendida por algunos “escribas”, según la cual simples consignaciones de fechas y datos —apenas materia de inventarios de crónicas— construyen una historia o la Historia. “La falsa suposición —explica— de que un conjunto de cifras, de fechas, de nombres de personajes, de estados, de villas, de batallas, de tratados; la ilusión de que esto constituye la realidad de la vida pasada se desvanecerá como humo. Las obras consideradas hoy como de consulta, hechas con comentarios sin apoyo y con documentos sin interpretación, quedarán relegadas al olvido” (pág. 63).

También en este caso, las observaciones de Gener sientan un axioma de compartible contenido: “La Historia —entiende— es algo más que un conjunto de datos y fechas. Un historiador ha de ser un hombre que conozca y sienta el proceso de la vida de la Humanidad” (pág. 61).

Los capítulos que incluyen las denominadas “enfermedades exóticas” se ocupan de aquellas modas literarias que, en los días en que Gener fija sus observaciones, constituían tendencias preponderantes fuera de España, y que algunos escritores peninsulares trataban de imitar. He aquí unas pocas referencias sumarias sobre ellas y sobre las observaciones de Pompeyo Gener al respecto.

Medanismo: Denominación de escasa fortuna ulterior, pese a que, de haberse generalizado, hubiera evitado equívocos con los varios sentidos del término “naturalismo”, ya que las observaciones de Gener se centran en las obras de Émile Zola y de los escritores del grupo de Medan. De hecho se las puede caracterizar como dura diatriba contra el naturalismo zolesco y contiene referencias tan poco conocidas que permiten suponer una cercanía a la intimidad de aquel cenáculo.

Por otra parte, los enjuiciamientos resultan de verdadero interés, por provenir de un hombre de ciencia que se proclama naturalista, pero que no puede dejar de señalar: “Somos naturalistas fervientes por temperamento y por convicción. Sentimos con vehemencia la Naturaleza y creemos que no hay arte posible fuera de ella. El Naturalismo como modalidad estética es eterno... pero las notas clínicas o los procesos de una audiencia, los inventarios de un procurador, los catálogos o las copias de un taquígrafo, podrán ser y son materiales para la literatura —todo lo es—, pero nunca constituirán obra de arte alguna por su simple transcripción o copia (págs. 75-77).

Las consideraciones acerca del medianismo se centran en torno de la producción novelesca y de las doctrinas de Zola. El examen que Gener lleva a cabo revela buen conocimiento y familiaridad con la materia. Los juicios formulados son severos y enérgicos; consecuentes, además, con la intención general del ensayo de vincular experiencias médicas, elementos sociohistóricos y hechos literarios propiamente dichos.

En las que estima manifestaciones “patológicas”, aflorantes en la divulgación de ideas zolescas o en la imitación de sus procedimientos por acólitos e imitadores, deslinda tres variantes que describe así: 1º) el vulgarismo de los anémicos de inteligencia; 2º) el criminalismo de los sensitivos pervertidos; 3º) el seudodarwinismo de los que, insuficientemente preparados, han sufrido una indigestión de vulgarizaciones científicas no asimiladas” (pág. 83).

El *vulgarismo*, según Gener, procede del hecho de que muchos naturalistas de segundo orden hayan convertido la observación de la cruda realidad en una apología de lo vulgar, lo mediocre y lo ordinario. Califica a tales escritores vulgaristas de “hijos de la primera desviación del Naturalismo en su primer estado de desarrollo” (pág. 110). Y avanzando en el propósito de minimizar la escuela de Medán, apunta: “El Naturalismo, que triunfaba en toda la línea en 1880, no representa más que un grado de aproximación hacia la Naturaleza, muy restringido. En el fondo era sólo un mero impresionismo literario” (pág. 110). De ahí que concluya: “El vulgarismo resulta de querer seguir estrictamente el sistema de anotar lo todo” (pág. 131). En consecuencia, denomina al producto resultante: “literatura de procurador”.

El *criminalismo*, segunda de las variantes, “proviene de querer imitar el temperamento del maestro y, como él, caer en un simbolismo de lo inferior, de lo degenerado y de lo perverso” (pág. 131).

El *seudodarwinismo*, tercera de las variantes desglosadas, es juzgada en lo literario, de acuerdo con la apropiación naturalista, como una deformación de los auténticos principios del autor de *El origen de las especies...*, particularmente de algunos de ellos, como el de la supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida, tergiversado, según Gener, y convertido en apología del derecho de la fuerza. Con abundancia de argumentos aporta presuntas pruebas de tal tergiversación, referidas no sólo a Émile Zola y a sus obras —desde *Terése Raquin* a *Bonheur des dames*—, sino también a otros integrantes del grupo de Medán, entre ellos Guy de Maupassant y su *Bel ami*.

El *decadentismo* aparece señalado como otro de los factores extraños que, en España (y en Occidente), engendró “literaturas malsanas”. Pero si el

medanismo afecta a manifestaciones literarias en prosa, el decadentismo aparece con mayor evidencia en la poesía y en otras bellas artes. “Apenas hemos desechado el bajo naturalismo de Medan —escribe Gener—, ya salen simbolistas, psicólogos, egotistas, decadentes, magníficos, neobudistas, neocristianos, delicuescentes, magos, ocultistas, instrumentistas, macabraicos, blasfematorios... y qué sé yo” (pág. 172). Desde luego, todas estas presuntas “malsanidades” proceden de París, según lo consigna en apretada perspectiva que no ha perdido verosimilitud: “Al entrar en el campo literario actual en la capital del Mundo —apunta— uno cree ser víctima de un sueño. Por todas partes ve sectas estrafalarias que le aturden con sus programas rimbombantes. Por todas partes se levantan pequeñas capillas a dioses de barrio; por todas partes particularismos imposibles. Estas sectas menudas, por convergencia, forman un verdadero torbellino. Sus tendencias son en extremo originales: unos se cogen a la forma, otros a la manera de formular la idea, otros a los vocablos como sonidos, otros a las letras del alfabeto como colores o instrumentos, otros resucitan teorías mágicas o teúrgias del antiguo Oriente, y no falta algún jefe de escuela que se riza el cabello como un gigante babilónico, se deja la barba cuadrada y use gabán cruzado cual las zamarras de las estatuas de Corsabad; ni varios que se afeiten cara y cabeza y lleven chalecos de brocado untados de plata para asemejarse a los decadentes ciudadanos de Bizancio... Casi todos controvierten el fin del Arte. Sírvense de él para aterrar, para producir tedio, para rebajar los ánimos. En el fondo todas estas tendencias dan por resultado literaturas depresivas. Por esto las englobamos a todas bajo el nombre de decadencia, único que les es común, para separar sus autores de los que producen literaturas sanas y fuertes, de los buenos naturalistas, de los neorrealistas, de los psicólogos serios, de las literaturas directas que se ocupan de otras cosas que no son literatura...” (págs. 172-173).

Los varios capítulos en los que considera las distintas expresiones decadentistas —incluidas los efectos de drogas alucinógenas, el tabaco, el alcohol y otras anormalidades de diversa índole— mantienen vigencia. Así como ciertas presunciones proféticas que deslizan algunas de las observaciones sentadas como balance de novedades al finalizar el siglo XIX y que más que confirmar en Gener condición de visionario, ratifican su calidad de buen observador y hábil analogizador.

Otras “enfermedades exóticas”, cuya presencia en las letras hispánicas preocupa a Gener, proceden de más distantes confines europeos o de novedades técnicas, productos de los nuevos tiempos. Entre las primeras puntualiza el pesimismo germánico; entre las segundas, el noticierismo.

En lo referente al *pesimismo* como moda literaria, la relaciona en lo inmediato con Schopenhauer; la del *nihilismo*, con novelistas y pensadores rusos. Para Gener, “los pesimistas literarios son un caso de *lipomanía* o de lo que hoy se llama simplemente melancolía, delirio depresivo de forma triste” (pág. 283), aunque estima que Schopenhauer es un moralista. Del nihilismo ruso concluye que no procede de una teoría única; han sido varias las que lo han determinado. Por otra parte, sentencia categórico: “Toda la boga de la literatura rusa proviene de Francia” (pág. 327), desde donde encuentra eco y vías de expansión en sensibilidades predisuestas.

El lector actual de *Literaturas malsanas* no puede menos que admirarse del pormenorizado conocimiento que despliega su autor acerca de los escritores e ideólogos rusos, así como de las fuentes y alternativas del nihilismo. Luego de minucioso análisis, resume el proceso así: “Tolstoi fue modelo de escritores hasta el 85. Después vino Turguenief y por fin Dostoiewsky, continuando por esto Tolstoi en su apogeo... De Bakunine a Tolstoi y Turguenief, de Amiel a Roth, todos, filósofos o poetas, profesan la teoría de la anulación como un beneficio... Una especie de culto de la muerte, como medio de anular el sufrimiento campea en esta literatura patológica...” (pág. 330).

La apertura ideológica de Gener no le impide subrayar el trasfondo enfermizo de la tendencia nihilista en la literatura y decidir que “una moral que empieza por proclamar la supresión de la vida en vez de moral es fuente de la inmoralidad más terrible” (pág. 357).

La última de las “enfermedades exóticas” inventariadas por Gener hacia 1894, entre las de origen foráneo introducidas en España, tiene menos que ver con la literatura circulada en libros y sí se relaciona con la prensa periódica. La denomina *noticierismo* y la describe como “enfermedad universal”.

Con razones atendibles, acusa al noticierismo de ser el factor que ha influido negativamente sobre la literatura, porque ha ido cambiando criterios de lectura. “Antiguamente —explica—, más o menos cohibido en sus manifestaciones políticas y aun religiosas, el periódico se llenaba con algunas noticias y algunos artículos de fondo, doctrinales unos, literarios los más. Hoy todo ha cambiado; primero privaron los artículos de polémica; los discursos políticos al día lo absorbieron todo. Luego, otro elemento se ha sobrepuesto: *la información*. La información, poco a poco, invadiendo las cuatro caras del periódico bajo la forma de telegramas, sueltos, hechos diversos, artículos impresionistas, ha muerto los grandes artículos de discusión, la crítica literaria y la exposición científica, dando una importancia desmesurada al reportaje y a la *interview*” (pág. 362).

Gener reconoce que esto ha cambiado hábitos y originado epidemias. "El público pide siempre lo último, bueno o malo, moral o escandaloso, y aun mejor escandaloso que moral. Y el periodista alienta al público presentándole cada detalle del último crimen que espeluzna y cada indiscreción de la vida privada que tiembla el orbe" (págs. 362, 363).

Fiel al apoyo médico que recoge de una de sus profesiones, Pompeyo Gener cierra el volumen *Literaturas malsanas* con el capítulo "Terapéutica estética", que es un dechado de sentido común. Exalta los valores fundamentales del Arte, lo transitorio de las enfermedades advertidas y concluye: "Los fenómenos patológicos actuales son síntomas no de decadencia final, no de agotamiento de razas, sino de esfuerzo, de progreso, de enérgica evolución ascendente. Son la fatiga de un momento, la perturbación de una gran concentración, son el prelude de un estado social nuevo... ¿Qué es lo que nos preludian los actuales trastornos literarios? ¿Cuál será el nuevo parto? El siglo xx nos dará la respuesta" (pág. 391).

El ánimo regresivo de parte de la intelectualidad española de la época, con el que a Gener le tocó convivir, le generó conflictos y cuestionamientos. Él mismo, con algún dolor, lo manifiesta a José León Pagano de este modo. "Estudios míos que se traducen y aplauden en Alemania y en Francia, en Madrid sólo dan motivo para que se me instruyan causas criminales y la recogida del periódico *Vida nueva* que se atrevió a publicarlos... (Aquí hacía referencia a sus artículos *Los supernacionales de Cataluña*, *La sublime Puerta* y *La puerta del Sol*. Pi y Margall fue su defensor en esta emergencia)... Si no fuese por la América Latina, yo cesaría al instante de escribir en castellano. Mire usted si es particular: mientras según usted mismo me dice, y otras personas de valor intelectual me aseguran, a más de agotarse allí ediciones enteras de mis libros, algunos periódicos los publican en folletín, en España —donde Fernando Fe ha tenido la privativa para toda España excepto Cataluña— ¡sólo se llegaron a vender doscientos ejemplares de *Literaturas malsanas*, mi obra más popular!" (J.L. Pagano, *op. cit.*, pág. 64).

Es significativo —hasta para convalidar la intención reivindicativa de la presente relectura— que el propio autor reconozca una de sus obras como la más popular. Pero no es menos ilustrativo el hecho de que *Literaturas malsanas* deba incluirse entre las obras más alevosamente atacadas de Gener, siendo que lo que en ella predomina tiene que ver con la palabra literaria que se elabora en España antes que con cuestiones ideológicas irritativas.

Pagano dedica el penúltimo capítulo de su ensayo al tratamiento recibido en España por *Literaturas malsanas* y otros trabajos afines, también con

evidente propósito reivindicatorio. Por una parte, rescata la amplitud de criterio de Juan Valera, que admiró la erudición de Gener y le aplaudió como artista. Por otra, subraya que en la España coetánea “no se ha escrito nada que sea digno de Pompeyo Gener”, para recalcar, luego, en las reacciones de dos críticos de fuste —Leopoldo Alas y Emilio Bobadilla—, quienes bajaron la puntería, llegando a atribuir a Gener abusivo plagio de la obra de Max Nordau: *Degeneración*.

“Clarín y Bobadilla —escribe Pagano— coinciden en la afirmación de que *Literaturas malsanas* y *Degeneración* se parecen. El primero cree que si Max Nordau no hubiera escrito *Degeneración*, Pompeyo Gener tampoco hubiese escrito sus estudios de patología literaria; el segundo, sin eufemismos ni rodeos, y con una irreflexión rayana en la ligereza, después de negar a Gener el agua y el fuego, afirma que la obra de éste no sólo es plagio, sino que es un calco del crítico alemán” (pág. 132).

Aunque la cuestión haya quedado definitivamente zanjada con la oportuna demostración de que la concepción de *Literaturas malsanas* ha sido anterior a la aparición de *Degeneración*, no es obvio el reactualizar las razones de Pagano y las del propio Gener, que certificaron fehacientemente dicha prelación. “Hemos dicho —apunta Pagano— que *Literaturas malsanas* y *Degeneración* aparecieron, con la diferencia de algunas semanas, en la misma época. Esto dio infundadamente lugar a que se creyera inspirada en la de Nordau, la obra de Gener. Sin embargo, la analogía de ambas obras se reduce a dos capítulos, los que se refieren a Emilio Zola y al decadentismo. Y aun en éstos la analogía es más aparente que real” (pág. 138).

A continuación el crítico argentino transcribe las pruebas aportadas por Gener, quien manifiesta: “Lo único que *Literaturas malsanas* de común tiene con el escritor alemán de *Degeneración*, es sólo una parte del asunto, del estudio sobre los *decadentes* y sobre Zola y su escuela. Pero todo el mundo que se ocupa de esta clase de asuntos sabe que yo publiqué en París, del 85 al 87, en forma de artículos, los capítulos que hoy figuran en mi libro, sobre Zola y el *Medanismo*, viendo la luz después, del 87 al 89, en *El liberal*, lo que motivó un ataque de un escritor llamado Luis París, en un librito titulado *Gente nueva*. Lo mismo puedo decir de los capítulos de la *Decadencia*. Todos fueron publicados en París del 89 al 92 y luego, a fines del 92, en Barcelona en *La Publicidad*, donde el señor “Clarín” puede leerlos, ya que colabora en dicho diario. Además hace ya más de dos años que mi editor D. Fernando Fe recibió, en una carta mía, el plan detallado de mi libro, tal como figura en forma de índice a su final. Otro dato y de importancia, es el que *La Nación* de Buenos Aires, dio noticia del mismo

plan hace ya unos tres. ¿Cómo podía yo inspirarme en lo que aún no existía”. (J.L. Pagano, págs. 138, 139).

En todo sentido, *Literaturas malsanas* constituye un apreciable documento de época. Está fundado en lo que Gener “llama culto dinámico de la vida”. Su tesis vertebradora postula la idea de que en el arte “el aspecto útil de lo bello es la vitalidad perfecta” y ese vitalismo queda afectado por los síntomas descriptos que aparecen en aquellas manifestaciones literarias que Gener califica de “malsanas”.

A casi un siglo de la edición de la obra vale la pena volver a ella: tanto porque la perspectiva histórica que hoy se posee permite verificar los aciertos de las apreciaciones de Gener, como porque el cotejo de las experiencias recogidas a lo largo del tiempo transcurrido desde entonces llevan a corroborar hasta qué punto la historia se repite.